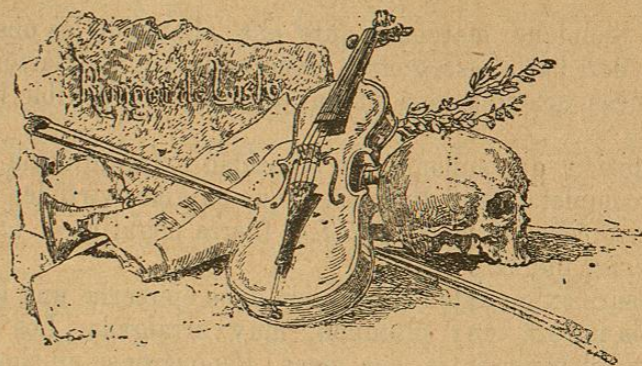
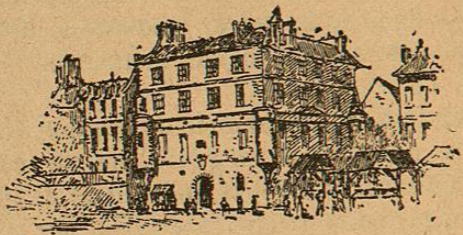


piensa que una mujer puede jugar con un partido, constituyendo para ella una bárbara diversión!

Aquí era vulnerable el gran orador; ni tenía hábito, ni coraza que le garantizara el corazón.

Durante este tiempo amó el daño. Era, precisamente en medio del proceso del rey, bajo las miradas homicidas de los partidos que pedían su muerte. Vergniaud acababa de conquistar el más grande de sus triunfos, el triunfo de la humanidad. La señorita Candeille descendió hasta el teatro para poner en escena *La belle fermiere*. Esta obra asombró al público hasta el extremo que se llegó á olvidar los daños de la patria. Triunfó la experiencia. *La belle fermiere* obtuvo un éxito inmenso; los mismos Jacobinos perdonaron y respetaron esta mujer encantadora, que vertía sobre todos el elixir de amor. La impresión de la Gironda no fué menos favorable. La obra de Vergniaud revelaba demasiado que su partido era el de la humanidad más que el de la patria, que en él se refugiarían todos los vencidos; partido que no tenía la inflexible austeridad de que aquella época parecía estar necesitada.



CAPITULO III

Reconstitución de los Jacobinos antes del proceso del rey (Septiembre-Diciembre 92).

Necesidad de los Jacobinos (fin del 92).—Su doble papel: la censura, la iniciativa revolucionaria.—¿Pudieron desempeñarlas?—Dieron los Jacobinos una especie de unidad á la Revolución.—El exclusivismo y la concentración de su sociedad.—Esta faltó en el 92.—Las elecciones de Septiembre se hicieron en el local de los Jacobinos.—La Sociedad Jacobina adquiere nueva fuerza.—Ataca á la Gironda en Fauchet (19 Septiembre).—Ataca en Brissot (10 de Octubre).—Amenaza las reuniones mixtas de representantes.—Disuelve una reunión mixta de miembros de la Convención (Octubre 92).—Prudencia y silencio de Robespierre.—Este teme haber empujado demasiado á la Convención.—Pide, por el órgano de Couthon, que los Jacobinos corrijan y castiguen á los exagerados (Octubre 92).—Los Jacobinos castigan á los exagerados y se arrepienten (14 Octubre 92).—Robespierre se resigna y continuación de los exagerados.

Hablar de la descomposición, de la impotencia de la Gironda, los signos de desorganización que aparecían en toda la sociedad, es hablar de las necesidades de los Jacobinos.

En vez de una asociación natural que diera á la Revolución la unidad viviente, hacía falta una asociación artificial, una liga, una conjura que le diera al menos una especie de unidad mecánica.

Una máquina política necesita una gran fuerza de acción, una poderosa palanca de energía.

La prensa no podía realizar esta misión: era insuficiente. Su acción es inmensa; pero entre tantas cosas contradictorias que vierte, esta acción es vaga, insólita. Nunca falta el momento para las palabras: siempre falta para la acción. Muchos de los que han leído los periódicos, han satisfecho su pasión, se han recreado, pero nada más.

La Asamblea no era tampoco la fuerza de que hablamos. La gran masa de la Convención, quinientos diputados lo menos, tímidos, indecisos, frecuentemente pensaban de un modo y votaban lo contrario; agitaban los brazos, nadaban, pero no podían avanzar.

La situación requería una fuerza que, sin llevar precisamente á la

Asamblea á remolque, marchara ante ella allanando los obstáculos, lo que pudiera derribarla; escogiendo, depurando con antelación los hombres y las ideas, sosteniéndola en la estrecha é inflexible línea de los principios.

Gran misión, que suponía una autoridad extraordinaria. Implicaba dos hechos completamente diversos, y que exigían virtudes raramente conciliadas: *la censura moral política*, fuerza negativa y *la iniciativa revolucionaria*, fuerza positiva.

La censura exige ante todo á quien debe ejercerla una idea del derecho y de la pureza muy profunda, muy arraigada. Los Jacobinos, como se verá, flotaron entre dos ideas. Renováronse muchas veces sin por esto resultar más consecuentes. Organizados por el abogado Dupont y los Lameth, como máquina de polémica y de vigilancia, cambiaron muy poco de carácter. Sus veleidades morales, bajo Robespierre, fueron impotentes. El encarnizamiento hacia las personalidades los separa de los principios que poseían: hacía falta una censura y ellos no fueron más que una policía.

En cuanto á las iniciativas revolucionarias jamás las sintieron; ninguno de los actos solemnes de la Revolución surgió de los Jacobinos. Nacidos apenas ocurrió la toma de la Bastilla, fueron extraños al llamamiento de las Federaciones. Declaráronse francamente contra la guerra, contra la cruzada para la liberación universal, pensando que la Francia ante todo debía pensar en ella misma y robustecer su salud. No tuvieron más que una parte muy indirecta en los sucesos del 10 de Agosto para la creación de la República.

La iniciativa revolucionaria pedía un don supremo que raramente se encuentra en las sociedades disciplinadas, donde la cohesión se ajusta al precio de la inmolación común. Este don es el genio y la magnanimidad.

Sus grandes facultades, poco asociables, indisciplinadas eran mal vistas por los Jacobinos, como obra de su suspicacia. El genio (Mirabeau, Danton) les sentaba mal á los Jacobinos. Los hombres fuertes, singularmente Cambon, Carnot no pusieron jamás los pies en sus sociedades.

Elevados principios de vida y de luz que nadie tuvo en esta espantosa noche de combate, pedían ante todo la grandeza de corazón que eleva los sentimientos.

Las bienhechoras medidas que oportunamente hubieran calmado los ánimos dejando inútiles todas las violencias de la Revolución, no podían ser inspiradas más que por una cualidad absolutamente extraña al espíritu jacobino: la bondad heroica.

La lucha los absorbe; luchadores encarnizados, sucesivamente destruyeron todos los obstáculos. Hacia falta dominarlos y arrojarlos desde lo alto. ¿Arrojarlos? No; lo que hace falta es elevar el mundo hasta la fraternidad.

Concibieron la fe, sin duda; pero esta fe ni fué amada ni inspirada. Fueron abogados fogosos, encarnizados, procuradores de la Revolución, cuando ella pedía apóstoles y profetas.

¿Quién negará con todo esto los grandes servicios que prestaron á la patria? Su vigilancia inquieta á la Asamblea, su mirada fija sobre los políticos, su exclusión severa de los débiles darán á la Revolución un nervio poderoso. Lo que más les honra es que, apenas salidos del antiguo régimen, frecuentemente corrompidos ellos mismos, atacados de la general podredumbre realista, reformaron las costumbres. Hicieron grandes esfuerzos para reformarse á sí mismos y reformar á los demás.

Noble esfuerzo que, con su patriotismo sincero y ardiente, se les tiene en cuenta en el porvenir. ¿Quién puede ver hoy todavía, sin emoción y temor las tres pequeñas puertas de los Jacobinos en la negra y húmeda calle que da al mercado? Por detrás conducían al claustro. La entrada principal estaba por la calle de Saint-Honoré, pero la de la pequeña calle era frecuentemente preferida á las demás por los principales agitadores. Robespierre, Couthon, Saint-Just, subían por la sombría escalera. La barandilla de hierro, trabajado al estilo Luis XV, el pasamano de madera de la sala que sobre el muro os sirve de apoyo, todo esto no ha desaparecido y aun parece sentirse el cálido contacto de las manos febriles y secas que se apoyaron entonces.

Este viejo y malo edificio de frailes, sin muebles, deslabazado, producía mala impresión cuando se entraba en él; daba pena. Todo era estrecho y mezquino. El claustro, de un estilo seco y árido, la escalera reducida (para dos personas juntas) apoyada sobre cuatro evangelistas de media talla, la biblioteca raquílica, mostrando un cuadro jansenista, la capilla desnuda, pobre, desparramadas las tribunas que parecía patibulos por encima de las tumbas de los monjes, todo daba penosa impresión. No había aire; se respiraba mal.

A tal casa tales huéspedes. Los nuevos como los anteriores tenían por idea fija una estrecha ortodoxia. Los antiguos Jacobinos, encerrados en su hábito de San Domingo, habían tenido la pretensión de ser los únicos que marchaban por la verdadera senda del catolicismo; y los nuevos jacobinos preciábanse de poseer solos el depósito de la fe revolucionaria. Era una compañía exclusivista, concentrada en sí misma. Ellos se conocían entre sí y no se conocían más que para ellos; todo lo que no es jacobino les es sospechoso; puede decirse que trataron de asegurarlo todo; movían la cabeza con aire de incredulidad á todo lo que no era suyo; tenían sus palabras, sus santos, sus devociones, fórmulas que ellos repetían: «¡Los principios ante todo! ¡Los principios!...»—¡Sobre todo hombres puros, etc., etc.! No se oía otra cosa, cuando hacia las siete de la noche esta muchedumbre con cabelleras negras y gruesas hopalandas del tiempo, mostrando una pobreza calculada, iban devotamente á escuchar el sermón de Robespierre.

La rigidez de la actitud, la fijeza exterior, le fueron más necesarios

que en realidad su *credo*. Algunos cambios que se operaban en la situación, algunas desviaciones que esta imponía á sus doctrinas afirmaban su unidad.

Esta unidad aparente, esta rigidez ó fijeza exterior en ciertas fórmulas, esta intolerancia para los que animados de un mismo espíritu no pronunciaban las mismas palabras, sirvieron á la Revolución en muchas circunstancias, siéndole en otras fatales.

La Francia del 92, en sus inmensos y vehementes anhelos de república y de combate, al primer toque de corneta parece olvidar momentáneamente á sus fatigosos preceptores. El gran soplo de Danton, el cañón del 10 de Agosto anunciaba otra fiesta. Tan alto se entonaba la *Marsellesa* que no se oía casi el murmurio de los Jacobinos. (¡Los principios ante todo, los principios!)

La jornada del 10 de Agosto se hizo sin ellos, y lo que es más notable: se preparó cerca de ellos. En el recinto mismo de los Jacobinos había una caverna. Allí el 10 de Agosto y puede ser desde antes del 20 de Junio y la primera invasión de las Tullerías, se reunían por la noche los más ardientes defensores de la Asamblea legislativa. No llegaban hasta la media noche, una hora después de la clausura de la Asamblea y de los Jacobinos. A esta reunión acudían mezclados hombres que más tarde se dividieron en girondinos y montañeses; al lado del girondino Petion se sentaba el dantonista Thuriot. Ignoramos enteramente cuál fué la parte que tomó este conciliábulo en el trastorno de la realeza. ¿Esta pequeña Asamblea nacional autorizaba el cambio de la Comuna, dió órdenes á Manuel y á Danton y tuvo conocimiento de los trabajos practicados por el comité insurreccional para el 10 de Agosto? Lo ignoramos. Lo que es seguro es que los representantes no se fiaron de la sociedad, demasiado mezclada, de los Jacobinos; que esta sociedad que guardaba obstinadamente su título de *Amigos de la Constitución* no hubiera aceptado de sus audaces actos ni los compromisos de la victoria incierta. Se ha visto con qué intención Robespierre se preservó de todo contacto con el comité revolucionario. El hospedero de Robespierre, temiendo que se le comprometiera, no quiso sufrir al comité revolucionario en la cámara de una misma fonda y puso á la Revolución de pies en la calle. Marsella, como otras poblaciones, no correspondía ya á los Jacobinos.

Fué sin su aviso cuando Marsella reclutó lo más selecto, envió una serie de verdaderos valientes que fueron como la vanguardia del 10 de Agosto. La inercia de la sociedad no equivocó mucho á sus miembros en estas circunstancias. Muchos fueron llamados si no el 10 al menos el 11 á la nueva Comuna. Aprovecháronse muchos de la victoria ocupando plazas de preferencia, jueces, misiones especiales, presidencias ó secretarías de secciones. El club quedó desierto.

Había que temer á una cosa, y es que los Jacobinos desapareciendo como individuos no perecen como sociedad.

Ya la correspondencia con las provincias estaba desorganizada.

¿Qué sobrevendría si mientras París se despuebla, toman cuerpo las reuniones que sus representantes celebran en su mismo recinto? ¿Acabarían por reemplazar á la antigua sociedad, tomando su nombre (que no era otro que el del local) titulándose los *Jacobinos*? La sociedad amenazada hasta este extremo debía de hacer un esfuerzo decisivo para vivir, ó resignarse de lo contrario con la muerte.

Esta era la situación simplificada y resuelta el 2 de Agosto. Se encontró medio para hacer las elecciones de París desde este día en el mismo seno de los Jacobinos. Robespierre, sin perder una parte directa en el terrible acontecimiento, supo aprovecharse de él á maravilla.

El cuerpo electoral llamado el mismo día por la Comuna para elegir los diputados de la Convención fué temblando al municipio: quinientos veinticinco electores solamente. Estas pobres gentes se aseguraron nombrando presidente y vicepresidente á los famosos patriotas Collot d'Herbois y Robespierre. Se les persuadió entonces para no hacer las elecciones en el lugar ordinario, que era una sala del arzobispado, si no buscar otro más tranquilo, más alejado del lugar de las matanzas, el local de los Jacobinos. No estuvieron tranquilos durante los días 4 y 5, hasta que se vió llegar frecuentemente á muchos que se decían voluntarios y que antes de partir para la guerra querían arrojar del censo á cual ó tal aristócrata. Robespierre hizo constar que no dejaría votar á nadie de los que firmaron las famosas peticiones constitucionales. Conócese el resultado de las elecciones. Condujeron á la Asamblea además de Robespierre, Danton, Desmoulins, etc. á Panis y Murat.

Era un verdadero golpe de maestro haber hecho de un club desierto el teatro popular del gran acontecimiento del día, las elecciones de París. Hechas las elecciones la sociedad se reanima, poco numerosa todavía, es verdad, pero apoyándose sobre el punto de partida del cuerpo electoral, dominado por Robespierre: *Depurar la Convención*, reservar al pueblo la facultad de revocar á sus diputados; *depurar los decretos de la Convención*, sometiéndolos á la revisión, á la sanción popular. La Asamblea futura antes de ser nombrada fué colocada bajo la tutela de los clubs, que es como si dijéramos de la revuelta y del motín.

La muchedumbre emprendía de nuevo el camino de los Jacobinos. En Octubre mismo un miembro se asombró de ver menos Jacobinos que en su pueblo, donde la Asamblea se componía de seis ó setecientos individuos. La sociedad fraternal de hombres y mujeres que tomaba asiento en un local inmediato, quejose de la soledad en que estaba y pidió ayuda al consejo.

El terror solo, el temor á la excomunióon jacobina podría devolver fuerzas á la sociedad. Quedábale gran autoridad en la opinión, de la que usó maliciosamente para intimidar á la Convención, no atacando, es verdad, más que á diputados Jacobinos ni pidiendo jurisdicción más que

sobre sus propios miembros, de modo que pudiera imprimir en todos los actos el terror de sus justicias.

Hízose el experimento sobre Fauchet. Este personaje ligero, quimérico, que se creía á la vez revolucionario y cristiano, obispo del Calvados, y como tal poco en relación con sus cofrades de la Gironda, volterianos en su mayoría, es el primero de los girondinos que atacaron los Jacobinos. Es como un miembro exterior de la Gironda, al cual había necesidad de destruir inmediatamente. Su crimen fué haber pedido un pasaporte al comité de defensa general para el ministro Narbonne: «¡Un pasaporte! había dicho Bernard de Saintes, presidente del comité.—¿Un pasaporte? He expedido lo que merecía, esto es, el mandato de arresto.» Fauchet entonces se conturbó, balbuceó: en realidad no conocía á Narbonne, pero él sostuvo lo que nadie creyó, que el pasaporte que pidió para aquél, era realmente para una persona desconocida.

Fauchet, sin duda, era culpable de haber querido sustraer del examen jurídico á un hombre responsable, un ministro que no había rendido cuentas. Y por lo tanto, y en tal momento, cuando todo el mundo entrevé los sucesos de Septiembre, cuando hay tan pocas probabilidades de un examen serio, de una sentencia equitativa por las turbulencias populares ¿quién de nosotros hubiera cometido esta falta de humanidad?

Fauchet fué sustituido el 19 de Septiembre, y pocos días después, el 10 de Octubre, enardecida la sociedad, hacía lo propio con Brissot.

Hízose inflexible, despiadado. Uno de sus miembros más exaltados Albitte, que aventuró un día ciertas frases de humanidad diciendo que al castigar de muerte á los emigrados que combatían contra la patria debía tenerse en cuenta á los que emigraron por miedo... provocó tremenda indignación, escuchando murmullos que desaprobaban sus palabras. Albitte, asustado, se enmendó, declarando enrojecido que se arrepentía de haber cedido por un instante á este movimiento instintivo de sensibilidad y debilidad.

La sociedad recuperaba sus ascendiente terrorista. *Declaró que excluiría de su seno á todo diputado que perteneciera á una sociedad no pública, ó en estos términos, que no permitiría más á la Convención que continuara haciendo lo que había hecho la legislativa; que los representantes muy numerosos (doscientos aproximadamente) que se reunirán fuera del club en el mismo recinto no podrían ser Jacobinos.*

Verdadera tiranía. Descontando todo espíritu de partido, debíase convenir en que una infinidad de asuntos políticos y diplomáticos que no podían ser tratados en la Convención ante las tribunas, no podían tampoco ser entregados al público, anticipadamente, con frecuencia heterógeneo, que visitaba la Asamblea de los Jacobinos. La *reunión* (que así la llamaban los doscientos) mezclada de girondinos y dantonistas, había provocado no solamente los celos de los jacobinos si no su temor.

Alguien propuso, después del 2 de Septiembre, que se acusara á Robespierre.

Entonces los jacobinos, ya resucitados, amenazan y enseñan los dientes: «Nada de términos medios: ó sois con nosotros ó contra nosotros.»

El primero que cobró miedo fué Girault, concesionario del local de los Jacobinos. Viendo la excomunión de sus terribles inquilinos suspendida sobre su cabeza, rogó á los doscientos diputados que no le comprometieran. Agraviar á la Convención era cosa poco importante; pero ofender á una sociedad tan exaltada y rencorosa era un daño muy grande. Girault conferenció con los Jacobinos y presentó sus excusas.

La imperiosa sociedad, no contenta con haber arrojado á los diputados de sus proximidades, los emplazó para que presentaran sus excusas por no asistir á las sesiones. Exigencia grande, maliciosa la de querer que hombres de una Asamblea apenas nacida y apenas al corriente de los sucesos, empleados durante el día en la sesión y por la noche en las comisiones, tuvieran tiempo todavía para asistir al club, escuchar las infinitas arrogancias de una sociedad amalgamada de charlatanes infatigables que casi nunca abandonaban la tribuna, como Chabot y Callot, Callot y Chabot. El comediante de provincias encendido de embriaguez lanzaba de vez en cuando frases picarescas. El capuchino apoyaba después la farsa, con su rostro iluminado por la lujuria, moviéndose en la tribuna de las mujeres, haciendo reír aun sin hablar. Superior á Callot, lleno de fuerza y sentimiento, este excelente titiretero, espiritualmente trivial, ponía el condimento, encontraba insípido ó salado el gusto del público, mucho mejor que su padre el cocinero de Rodez.

Se ha visto más arriba como, el 23 de Septiembre, comenzó la prensa partidaria de la Gironda. Chabot ocupaba este día el sillón presidencial y Callot hablaba: «¿No es cosa escandalosa ver á diputados que llamándose Jacobinos celebran sus reuniones lejos de los Jacobinos? ¿Qué buscan estos patriotas? ¿No está aquí la cálida estufa que hace germinar la planta republicana extendiendo sus ramas por todo el imperio francés? ¿No es aquí solamente donde se la puede cultivar? Este requerimiento fué entendido y Petion al día siguiente regresó á la sociedad de la que era presidente nominal.

Es conocida esta sesión. Todo adquiere relieve, señalándose independientemente. Chabot dice que hacía falta ante todo *obligar á la Convención* á que constituyera un gobierno. Respondiendo á los artículos de Brissot que denunciaba un partido *desorganizador*, Chabot señaló á un partido *federalista* que quería desmembrar la Francia en beneficio de la aristocracia. Acusación calumniosa que parece confirmada por las amenazas insensatas del atrevido Barbaroux.

Los dantonistas quieren á toda costa figurar en la vanguardia de la Revolución, adelantándose á los Jacobinos, maldiciendo á la Gironda. Entretanto es probable que conserven la esperanza de continuar la re-